

LA ADMINISTRACION DE EMPRESAS Y LAS UNIVERSIDADES: REPLICA AL DR. ALLEN

POR J. H. SMITH DEL LONDON SCHOOL OF ECONOMICS

El Dr. V. L. Allen ha criticado abiertamente el desarrollo en boga de cursos universitarios de administración de empresa, sin recurrir a estas gastadas razones. Aunque dispuesto a reconocer un motivo a los estudios de administración, está alarmado por la expresión que ellos están tomando. El ve el movimiento actual como impulsado por una prisa grosera de proveer lo que la industria desea, con poca atención a sus consecuencias para la independencia e integridad académicas —“una imitación grotesca de los propósitos de una universidad”, fue como lo describió. Sostengo un punto de vista muy diferente. Los estudios de administración de empresa en nuestras universidades tienen derecho a una mayor prominencia que la que han tenido hasta ahora; tanto en el ámbito académico como en los términos de lo que puede útilmente hacerse por las universidades para elevar el nivel de la administración de la industria británica. Sin duda que, cuanto más se examinan las posibilidades de la educación en administración, es más claro que lo que algunos críticos desechan justamente como uno más de los capítulos de la historia de la especialización, es en el hecho una notable oportunidad para experimentar en la educación superior; un experimento estimulante, además, por el carácter interdisciplinario de sus enseñanzas, la unidad del saber —esa unidad, que en el hecho una universidad está obligada a simbolizar. El más urgente desarrollo que se necesita es una vigorosa escuela de administración para postgraduados que pudiera unir, como lo hacen las notables escuelas norteamericanas, graduados de diferentes disciplinas, enfocando la atención en un molde común de materias que ilumine los principios y práctica de la administración de empresa. Una escuela semejante necesitaría formar parte de una universidad ya sólida en ciencias sociales; no hay razón para que se cerrase a la unión con otros estudios administrativos para postgraduados, especialmente con los de administración pública y social, que ya están firmemente establecidos en algunas de nuestras universidades.

No son accesorios de los cursos de ingeniería

Los estudios de administración no son, como a veces se cree, accesorios de los cursos de ingeniería o de contabilidad. Ambas son importantes disciplinas básicas, pero sus posiciones centrales en los primeros días de la “administración científica” han restringido hasta hace poco la introducción de otras materias igualmente importantes. Pero ahora generalmente se reconoce que las ciencias sociales poseen la misma relación con la práctica de la administración de empresa que las ciencias naturales en la práctica de la medicina. Ciertamente la investigación de la conducta industrial es condición indispensable del crecimiento de los estudios de administración.

El Dr. Allen ve escasa oportunidad de que se hagan estas investigaciones básicas, porque las universidades son presionadas hacia delante con demasiada rapidez y también inescrupulosamente. En el mundo de postguerra, de continuo déficit laboral y crisis de productividad, la industria repentinamente ha percibido sus necesidades de ejecutivos preparados; y como consecuencia las universidades han caído, unas u otras, en la precipitación de improvisar cursos para satisfacer esta necesidad. Los hechos sencillamente no toleran esta interpretación. Es sólo recientemente que el paso ha empezado a acelerarse, con el anuncio de planes por Cambridge y Bristol. Pocas cosas han sucedido desde 1945; los cursos de personal para la administración se han separado en algunas universidades de la preparación en el trabajo social, mientras que la profesión ha puesto menos énfasis en el bienestar y más en la función personal como elemento básico de la administración; los empresarios han logrado conocerse en las escuelas de verano; y más estudiantes se han quedado para hacer notables trabajos de postgraduados. Pero hasta hace poco nada de importancia había que agregar a los antiguos pero pocos cursos de Birmingham, Manchester y de la London School of Economics, comparada con los vastos estudios de administra-

ción para postgraduados de los Estados Unidos (incluyendo aún el considerable número de instituciones medias de ese país), nuestra educación en esta materia es notablemente pequeña, considerando nuestro "status" de avanzada nación industrial. Un observador norteamericano, E. J. James, analizando la educación de ejecutivos en Europa hacia el 1900 escribió: "No está lejos de la verdad afirmar que tal instrucción no se da en absoluto en Inglaterra". Las cosas han cambiado desde entonces, pero no demasiado; y el profesor James sin duda se habría sorprendido con el descubrimiento de que hacia 1960 Inglaterra pudiera vanagloriarse de que ninguna institución de calidad universitaria se dedique a los estudios de administración, y ni siquiera una en la que éstos sean dominantes.

Prudentes ensayos

La impresión más notoria que producen estos nuevos desarrollos es de experimentos cautos y conscientes: hay prudentes ensayos en todos los proyectos publicados; todos parecen tener diferentes puntos de partida; y todos muestran facilidad para ensayar nuevas combinaciones de disciplinas y disciplinas poco comunes. El saber, a menudo, ha avanzado no tanto mediante nuevos descubrimientos, cuanto por nuevas combinaciones de lo ya conocido. Lo estimulante de estos estudios es su aptitud para experimentar con nuevas combinaciones de materias, las que sus auspiciadores creen importantes para la práctica de administración.

No es así como lo ve el Dr. Allen, aunque debo confesar que encuentro contradictorios sus argumentos. Los estudios de administración de empresa, afirma, deben encontrar una firme base conceptual: sin embargo, los cursos que comprenden disciplinas conformadas reciben su condenación como artificiosos, mientras que las disciplinas que buscan contribuir al estudio de los problemas industriales son censuradas como oportunistas. También su sugerencia de que el marco de los estudios no es flexible está fuera de tiesto. Principalmente porque el tipo de estudiante que se desea es a menudo muy diferente. Cambridge ha planificado sus programas para graduados de ingeniería y exige un nivel artificial en matemáticas, mientras que Bristol ofrece cursos breves para ejecutivos jóvenes. Además,

el argumento de que la inflexibilidad intelectual es inevitable, porque la misma industria quiere definir los problemas a estudiarse, ignora por lo menos uno de los motivos por los que la industria recibe con agrado los cursos universitarios, y al mismo tiempo desestima groseramente el mérito de las pasadas investigaciones de los científicos sociales en la industria.

Mucho del ímpetu hacia la educación en administración de empresa se genera en el deseo de la industria de ampliar la perspectiva intelectual de sus ejecutivos: obtener una visión externa del sistema industrial, particularmente en sus contextos social e internacional. El creciente interés en la sociología industrial que se preocupa del lugar de la industria y de las relaciones industriales en el orden social, es particularmente una buena ilustración de este anhelo de ampliar sus horizontes intelectuales. El Dr. Allen sugiere que lo que en realidad los ejecutivos desean conocer es cómo manejar la fuerza de trabajo en el pleno empleo; pero esto está lejos de la clase de información que las universidades les ofrecen. Uno de los cinco temas del examen en Cambridge sobre administración industrial trata sobre "El ambiente social de la industria"; el curso de Bristol dedica tiempo al trasfondo social de los negocios ingleses; en realidad, una revista general de las relaciones significativas entre la industria y la sociedad parece formar parte de la mayoría de los cursos existentes. Hay aquí ciertamente oportunidad amplia para romper cualquier restricción intelectual que la industria pudiera tratar de imponer en los estudios universitarios de administración.

Entonces, ¿qué desean realmente los cursos universitarios de administración en cuanto a organización y materias de estudio? El engaste social y económico de los negocios tiene un lugar clave, puesto de manifiesto por los economistas, la historia y en forma creciente por la sociología; los "instrumentos de la administración" —el análisis cuantitativo de diferentes formas, tales como los métodos del planeamiento financiero, la medición del trabajo— se estudian empleando las matemáticas y las estadísticas; y el tercer rasgo principal es el estudio de la conducta humana en la industria a través de las "ciencias humanas" —psicología y sociología. Parece estar generalmente aceptado que, entre las disciplinas existentes, la economía, las matemáticas y

las "ciencias humanas" pueden ser útilmente enfocadas hacia el estudio de la administración de empresa.

Cursos provechosos

Los cursos varían en longitud y nivel. Existe poco entusiasmo por la administración como materia de estudio de primer grado, por ejemplo en economía o comercio, pero se encuentran algunos casos. Los cursos breves de unas 8 semanas son experiencias interesantes, pero son propiamente accidentales en instituciones dedicadas fundamentalmente a cursos prolongados y, naturalmente, a la investigación: el Churchill College inicia este año un experimento, digno de atención, según el cual los estudiantes cursarán un año de postgraduados entre la industria y la residencia en Cambridge. Sin duda el más notable alcance es el que ofrece el curso anual de postgraduados, el cual proporciona la oportunidad de reunir una variedad de materias y desarrollar y aplicar los conocimientos adquiridos en un primer grado adecuado. La ingeniería es un ejemplo obvio, como en Cambridge, y también la economía o algún grado de ciencias humanas podría ser estimado conveniente. Todo esto singulariza la necesidad de por lo menos una escuela de postgraduado que muestre lo que debe hacerse.

Sin embargo, debemos tener en cuenta lo que probablemente ocurriría si las universidades no impulsan acaudadamente este campo. La demanda de educación superior en administración de empresa es una consecuencia directa del crecimiento de numerosas organizaciones en la industria y el comercio y en la administración pública. La complejidad de estas organizaciones plantea nuevos problemas de elevado orden intelectual: cómo controlar y coordinar las responsabilidades individuales en diversas actividades, cómo dirigir y remodelar estas actividades para responder a los cambios técnicos, económicos y sociales y cómo tratar con una fuerza de trabajo que aumenta sus conocimientos y su independencia. Esto está lejos de ser una lista exhaustiva, pero es suficiente para mostrar cómo el contenido intelectual de la administración de empresa ha crecido hasta el punto de constituir un digno desafío para las universidades. Si las universidades no afrontar este desafío, la alternativa será seguramente que las industrias tratarán de hacerlo ellas mismas. ¿Qué oportu-

nidad habrá entonces de liberar a los estudios de administración del marco que la industria les fije?, ¿o podrá esta materia estudiarse con la libertad y objetividad que se merece? Adopto entonces la posición de que las universidades deben actuar más rápidamente; que están ya en situación de desarrollar los estudios de administración más vigorosamente si lo desean; y que hay un conjunto de materias reconocidas actualmente como importantes y crecientes campos de investigación que proporcionan, entre otras cosas, material para el conocimiento crítico del sistema industrial en general y de la función administrativa en particular. Nada veo en los programas de los actuales cursos o en la actitud de los que en ellos enseñan, que sugiera un apartamiento del alto nivel reclamado para nuestras universidades.

Pero ¿qué decir de las objeciones más generales especificadas por el Dr. Allen? Estas se refieren no tanto al curriculum de las escuelas de administración como a los efectos de su existencia y de sus enseñanzas en la sociedad en general y en el mundo industrial en particular. Tres de éstas merecen discutirse: el grave ataque a las teorías de la armonía social; las ansias de los científicos sociales de ayudar a los empresarios a manejar la conducta; y el papel de la enseñanza de la administración de empresa en servicio y perpetuación de una "élite" de nuestra sociedad.

¿Peligro de nutrir ortodoxias?

La primera de estas objeciones no tiene peso. El hecho de que ciertos escritores (a menudo industriales) estimen que el conflicto industrial es una ilusión y que los intereses de los empresarios y obreros son idénticos, es hilar muy fino con estudiantes que también leen —digamos— las noticias industriales en *The Guardian*. El peligro reside en que los estudios de administración puedan nutrir ortodoxias, especialmente que puedan inducir a los estudiantes a creer en teorías conservadoras del status quo; pero lo que más atormenta al Dr. Allen —me parece— es el empleo de las escuelas universitarias de administración para propagar teorías que justifiquen la autoridad y minimicen la fuerza y el significado de los conflictos industriales. Ha habido teorías, especialmente las derivadas de la obra de F. W. Taylor y Elton Mayo, en los Estados Unidos, que han sido enseñadas (y en algunos casos

aún lo son) en las escuelas de administración. Pero el Dr. Allen no es el primero en delatar esas ortodoxias; lo que ha dado especial vigor a la investigación y a la enseñanza de la sociología industrial y lo que ha llegado a llamarse la teoría de la organización, ha sido justamente el desafío crítico a los puntos de vista ortodoxos en la industria, que es lo que él cree ausente.

Es antiguo el temor de que el conocimiento de las ciencias sociales pueda ser falseado mediante la manipulación de los sentimientos y la conducta de los trabajadores —especialmente entre los sindicalistas— pero no tiene fundamento; y debería reconocerse en honor de los científicos sociales británicos, cualesquiera fueren sus otras deficiencias, que en el extenso programa de investigaciones industriales de la década pasada nada indica que ellos hayan alentado tales ambiciosas ilusiones. Tampoco las universidades preparan ejecutivos para que manejen a otros gracias a la práctica de las técnicas de las relaciones humanas.

La tercera objeción del Dr. Allen, de que la enseñanza de la administración de empresa es una educación de "élite", es más sustancial. Muchos de los que la reciben llegarán a ocupar posiciones de considerable autoridad y tendrán poder en gran medida sobre la existencia de sus asociados. El concepto que ellos tengan de sus responsabilidades es materia del más alto interés para la sociedad; y el papel de las universidades en la formación de esas responsabilidades es también de la mayor importancia. Entonces, ¿cómo puede alguien sugerir que las universidades actúen más cautamente en lo relativo a la enseñanza de la administración de empresa? El Dr. Marx Abrams ha calculado que en la próxima década la dirección de las industrias británicas estará dominada por los graduados universitarios. Suponiendo que la mayoría de estos hombres han abandonado la universidad hace diez años o más, sólo una pequeña parte de ellos habrá observado sería y críticamente el mundo que controlan mientras estuvieron en ella. Gran parte de esto es verdad para nues-

tros actuales graduados que entran en la industria cerca de un tercio de los que abandonan la universidad anualmente. Las universidades deben llegar a un acuerdo sobre la enseñanza de la administración de empresa, y rápidamente. Creo que el Dr. Allen encuentra difícil realizarlo, porque siente escaso entusiasmo por los ejecutivos o por las "élites". Creo comprenderlo, pero me siento obligado moralmente a llamar su atención hacia una autoridad que estoy seguro que él respeta: hace más de 40 años, Sidney Webb escribió, "bajo cualquier orden social, desde ahora hasta Utopía, la administración de empresas es indispensable y del todo tolerable".

¿Qué clase de élite?

También estoy dispuesto a aceptar a los empresarios, pero si tengo que hacerlo, preferiría que fuesen tan eficientes y tan humanos como fuere posible. Similarmemente, si tiene que haber "élites" prefiero que sean de condición responsable y de calidad profesional. Las universidades podrían hacer mucho con el establecimiento de los niveles más altos en administración industrial, si tuvieran una o dos escuelas bien establecidas para lograr ese nivel y realizar investigaciones en la escala necesaria. El problema no es: "¿debe haber una "élite" de administradores de empresa?", sino "¿qué clase de "élite" debe ser". Parece cierto que esta "élite" será educada por la universidad en forma creciente; de lo que se desprende que las universidades deben prestar mayor atención, a través de la investigación y de la enseñanza de las ciencias sociales y mediante la educación al nivel de postgraduados de la administración de empresa, al mundo en el que una proporción creciente de sus graduados desarrollarán sus actividades.

(Traducido de *The Listener*, julio de 1961, N° 1.686)